

Miércoles 26
JESUS VINO A SALVAR
Juan 3,16-21



No nos hace falta comprobar nada, pues todos sabemos que en Dios encontramos la salvación y la mejor bendición para alcanzar la felicidad. Por eso hay que bendecir al Señor en todo momento (Salmo 33)

En el amor de Dios está nuestra salvación. Es por amor que Dios envía a su Hijo y desde la cruz mata el pecado y en la resurrección vence la muerte. Es la mejor y única oferta de amor “Para que ninguno perezca, sino que tengan vida eterna” Este es el resumen total y completo de la Buena Nueva del Evangelio. No podemos estar buscándolo en otras parte, es Cristo Jesús el gran signo – sacramento de ese amor de Dios: encarnación, vida, mensaje, pasión, muerte, resurrección y su presencia amorosa en la divina eucaristía.

Nos corresponde, ahora, a nosotros responderle a Dios. Es una respuesta en la libertad. No es nada obligado, pues “obligados ni para el cielo” Mucho cuidado con la postura actual muy gnóstica, de que Dios hizo el mal y es la causa del desorden en la humanidad. Y se nos olvida que el mal viene dado por el mal uso de la libertad en la acción humana de cada uno. Aunque simplemente creer no salva, sino que la salvación

es un todo en la vida: fe y obras, vida y acción; creer y vivir.



Todos tenemos, delante de Dios y de la vida, una responsabilidad personal y colectiva. Aceptamos o rechazamos a Cristo; Fe o increencia; Luz o tinieblas; por la verdad o la mentira; por el amor o el egoísmo. La causa del pecado no es Dios que nos pone trampas o trabas, es nuestro accionar contrario a

lo que Dios nos ha enseñado. Ojo, pues en el momento de la muerte nos van a leer dos libros: El Evangelio donde se encuentra lo que debimos hacer, y la Conciencia donde está lo que hicimos. Dos realidades que no se podrán esconder, pues tarde que temprano, desde los techos, serán gritas nuestras malas o buenas obras. Es el amor lo que alegra nuestras vidas. Dios nos ama y hay que repetir y vivir lo siguiente: “Soy hijo de Dios, y Dios me ama” Es muy importante que nos contemos como “alguien” para Dios. Somos de Dios. En él estamos, nos movemos y nos encontraremos. Nada ni nadie nos podrá apartar del amor de Dios. No puedo encerrarme en mis tontas preocupaciones. Ya no tengo un gran problema, sino que tengo un gran Dios.

¡Cristo y yo, mayoría aplastante!

